

*Lo indómito
del espíritu*

Claudia Barzana



VESTALES

*Amistad sí habrá; pero dominio y autoridad sobre nosotros,
no; eso no consentiremos jamás.
Primero seremos víctimas, pero no seremos dominados.*

Segunda parte la carta del cacique boroga Juan Ignacio Cañiuquir al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, 7 de septiembre de 1830.

PRÓLOGO

ATRÁS QUEDABA LA ESTANCIA LA PLEGARIA CON SUS vastas extensiones de tierra pobladas del mejor ganado ovino y de una caballada digna de mención, enmarcada en las inmediaciones de Chascomús, a pocas leguas del pueblo. Los Gale la habitaban, y yo acababa de dejarla para emprender mi camino rumbo al paraje Cruz de Guerra.

La decisión de irme significaba alejarme de María, pero entendía que debía hacerlo para evitar dañarla. Ella se merecía a alguien que le diera lo que yo no podía ofrecerle. Solo pensarlo me desgarraba por dentro.

El destino que había elegido se debía a mi necesidad de regresar a mis raíces luego de lo ocurrido aquel nueve de septiembre de hacía dieciocho años. En cada víspera de esa fecha, regresaban a mi mente aquellos recuerdos impresos con tanta intensidad como las marcas de fuego hechas con un hierro candente sobre el lomo de un animal. A veces siento que, en aquella masacre vivida por los míos en Masallé, una parte de mí quedó esparcida junto a los cuerpos mutilados, en las tierras de las Salinas Grandes, cercanas a la laguna de Epecuén. Allí era donde se erigía la toldería de mi padre, el cacique

Alún, quien, junto a Melín y al cacique mayor Mariano Rondeau, comandaban el destino de los boroganos.

El alba recién despuntaba y, como todas las mañanas, me dirigí a buscar a mi padre para comenzar con las tareas del día. Cada jornada era un desafío por todo lo que tenía que aprender. A mi corta edad había incursionado en casi todas las actividades de caza; luego de largas prácticas con la lanza y el cuchillo, me consideraban avezado en aquellas artes. Recuerdo las expediciones en las que participé y puse en juego mi destreza en busca de ganado cimarrón.

Mi padre estaba convencido de que, no solo por cuestiones de estirpe, sino por los designios de la sabia naturaleza, que así lo auguraba, debía continuar sus pasos y transformarme en su sucesor. Suponía también que, para cumplir aquel designio, lo que sobraba era el tiempo, sin imaginar siquiera que poco después todo quedaría destruido y bañado en sangre.

Recuerdo que, antes de salir rumbo a la laguna con unos caballos cabríos para poder amansarlos en aquellas calmas aguas, vimos que venían unos chasquis montando a toda velocidad. Sin duda traerían alguna noticia, por lo que los aguardamos para saber de qué se trataba. Llegaban con la misión de convocar a mi padre, al cacique mayor Rondeau, al cacique Melín y al resto de los capitanejos al parlamento en el que se recibiría a la caravana del Mulú Mapu que provenía de la zona araucana. Recibir noticias de aquella expedición chilena era motivo de festejos y alegría, ya que al menos una vez al año nos informaban acerca de los triunfos y alzamientos contra los cristianos.

Mi padre me pidió que me fuera a la laguna para comenzar la jornada, y él y el resto de la plana mayor de la toldería se reunieron a conferenciar.

Mientras me alejaba para buscar a los caballos, todo era algarabía que crecía a medida que la noticia de la llegada de nuestros visitantes se propagaba. Sería una jornada de festejo que culminaría con la entrega de los objetos que nos obsequiarían al finalizar la asamblea; al menos así había sido cada vez que se había celebrado un encuentro como ese.

Rumbo a la laguna vi a Calfucurá, al que llamaban “Piedra Azul”, que estaba con su gente esperando la contestación que le llevarían los chasquis. Cumplía con la regla de informar a las autoridades de la toldería de su presencia para luego ir al encuentro de los caciques que lo estaban esperando para darle la bienvenida desprovistos de cualquier arma.

Seguí mi camino y noté que, a un costado de la toldería que se destinaba a alojar a los cautivos, también había cierto movimiento. Quizás esperaban, por error, ser parte de aquellas tratativas.

Atravesé las tierras y alcancé la laguna, donde comencé a preparar los caballos para iniciar mi tarea. No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que, de manera instintiva, alcé la cabeza y miré hacia la toldería. La imagen desdibujada y empañada por una gran polvareda me congeló la sangre. No podía ver con nitidez, pero lo poco que pude observar bastó para que montara el caballo y saliera a las disparadas. A medida que me acercaba, los gritos de guerra y de dolor sonaban más nítidos en mis oídos, y las humaredas de fuego junto al olor a cuero quemado de los toldos se volvía más penetrante.

Cuando llegué a las proximidades del lugar o, mejor dicho, lo poco que quedaba de él, supe que el ataque había sido devastador. Salté del caballo y fui en busca de mi padre. A cada paso que daba la desolación era más intensa. Muchos de los míos habían sido sorprendidos y lanceados en la entrada

de sus hogares, de seguro en el momento en que intentaban buscar algún arma para defender a sus mujeres e hijos, que aún permanecían dormidos.

A mi alrededor había cuerpos sin vida con los rostros pintados de sangre. Algunos cacharros de plata y pinturas que usábamos en nuestro cuerpo, que formaban parte de los obsequios, estaban desperdigados como único vestigio de la inocente excusa que habían utilizado los invasores para entrar, sorprender y atacar. Continué la búsqueda hasta alcanzar lo que había sido el toldo de mi padre, ahora reducido a cenizas. De repente, a unos pasos de allí, vi un cuerpo tirado atravesado por una lanza. Supe de inmediato que era él. Al acercarme, me arrodillé y vi su cabeza a un costado. Lo habían degollado no solo para asegurarse de que muriera, sino también como demostración de poder. El dolor que sentí nubló mis sentidos. No pude moverme de allí. El tiempo se detuvo a mi alrededor, una sensación de hastío y desamparo envolvió todo mi cuerpo. No podía quitar la mirada de la expresión del rostro de mi padre. Sorpresa y dolor reflejaban esos ojos que, aún abiertos, intentaban transmitir lo vivido. Acerqué mi mano temblorosa y los cerré. Me quedé allí paralizado y recordé su voz al pronunciar las últimas palabras que me dirigió antes de que yo partiera rumbo a la laguna. Me mantuve en ese estado hasta el preciso momento en que alguien trató de hacer que me incorporara. Apenas alcancé a oír una voz familiar que insistía en que me levantara y huyera de allí. Me paré como pude, aturdido por ver tanta muerte y desolación. A mi lado estaba mi amigo Martín Gale, que intentaba hacerme entrar en razón. Esa mañana era su cumpleaños y había ido a buscarme para que compartiera el festejo con su familia. Hacía tiempo Charles, su padre, me había pedido que lo ayudara a elegir

un caballo para regalarle. Buscar uno adecuado para Martín nos permitió afianzar más el vínculo que había entre nosotros. Cuando lo elegimos, me ofrecí a domarlo para entregárselo preparado. Hacerlo me hacía sentir libre y me permitía compartir el espíritu salvaje del animal que yo intentaba apaciguar.

Los Gale y mi padre habían mantenido una relación de mutuo respeto desde que tenía recuerdo. Nunca pregunté cómo había surgido aquella relación; solo sabía que eran de fiar y que se tenían absoluta confianza. Así lo entendió también el resto de la *toldería*, ante el buen trato que les dispensaban a los Gale.

De pronto, se acercó a los tumbos uno de los hijos del cacique Rondeau y me instó a que huyera de manera inmediata. Éramos unos pocos los que habíamos logrado sobrevivir a la masacre de Masallé ese día funesto del mes de septiembre.

Atrás quedaba el lugar en el que había nacido y vivido hasta los diez años, aquella rica tierra bañada en sal, que teñía de blanco grandes franjas de campo alcanzadas en un costado por las aguas del arroyo Cahuinque. Su riqueza, en principio, se debía a la *chadi mapu*, que era como llamábamos a la sal, que los saladeros instalados en Buenos Aires necesitaban para funcionar. Si no se la proveíamos nosotros, llevarla desde otro lugar resultaba muy caro. Otro motivo que daba valor a esas tierras era la facilidad con la que se accedía desde Salinas Grandes hacia distintos destinos, inclusive a Chile. Nuestro territorio se extendía desde el lado oeste de La Pampa hasta penetrar en la provincia de Buenos Aires, es decir, era un punto estratégico y privilegiado para todos los que habitábamos allí. Eso hizo que muchos anhelaran poseer esas tierras y que se transformaran en motivo de disputas e intensas luchas.

Hoy Salinas Grandes está bajo el dominio de Calfucurá. Allí, bajo aquellas tierras manchadas de sangre, se encuentran sepultados los restos y despojos de la gran tribu a la que pertenecí.

Los pocos que logramos sobrevivir nos ubicamos donde pudimos. Muchos se unieron a otros de mi raza, pero pertenecientes a otras tribus. Yo me refugié en la casa de los Gale y viví con ellos, que supieron entender, como nadie, mi dolor.

Hace un tiempo decidí que era momento de regresar y hurgar en mi pasado para poner en orden lo que me ocurre. Tengo claro que, hasta que no cierre las heridas que llevo dentro, no podré vivir en paz. Llevo recorridas varias leguas en busca de respuestas con la sola compañía de la imagen de María en mi mente y en mi corazón. Me alejé de lo más valioso que he tenido alguna vez porque no soportaría lastimarla.